

Recordar, compartir, aprender

Lleida

Amparo Bartolomé Larena, 79 años

Luis Antonio García, 44 años

ENTRE LA TIERRA Y EL CIELO

Hagamos un ejercicio sencillo, sincero: mirarnos la mano durante un minuto completo. Intentando ver en ella sólo nuestro pasado; sin hablarla ni interpretar los símbolos que la llenan. Descubrir su forma, mirar los caprichos que ha puesto en ella la naturaleza. Podemos darle la vuelta, buscar los reflejos, leer arrugas y cicatrices... nada la llenará tanto de vida como lo hace nuestro corazón a cada instante. La mano me enseña a ser yo, de la misma forma que una melodía me acaricia por dentro.

Cualquier niño hace las cosas con ese orden natural que da la inquietud, va encajando los deberes entre el juego, igual que se intentan armonizar las piezas de un rompecabezas. Va descubriendo las dimensiones ocultas de la materia como quien recorre un museo: boquiabierto, fascinado... al constatar el tamaño de su ignorancia. Mi gran suerte fue, en el museo de la vida, haber tenido a mi abuelo como guía: me enseñó esos dos grandes mapas que son la tierra y el cielo, para saber moverme entre países y estrellas. Paseábamos con los corderos entre los inmensos campos de Soria, que mi dimensión en crecimiento tomaba por infinitos.

Mi abuelo me regaló la ancestral sabiduría que permite al ser humano comunicarse con el sol y las nubes, aprendiendo a interpretar los matices de la luz sobre las plantas, o los infinitos olores que trae la lluvia. También el respeto a la inmensa fuerza de la naturaleza.

Lo demás casi vino por añadidura: la escuela fue para mí un pasatiempo, una diversión. Aunque primero estaban siempre las obligaciones de la casa, el ganado, la siega... los ratos en los que podía ir a clase, recuperaba con creces las carencias. Eso despertaba algunas envidias, claro...

Era yo quien peleaba por salir de la oscuridad de ese mundo de ignorancia, era mi abuelo el báculo, pilar de conocimientos sobre el que conseguí construir mi lugar en el mundo.

¡Pero qué bien salieron las cosas! El resultado fue un sabio equilibrio en mi educación, no planificado: los abuelos me malcriaban, ayudándome a escondidas en las tareas domésticas para que yo pudiera jugar más. Mientras tanto mis padres, en su papel, me marcaban el camino de la disciplina, me buscaban un futuro de charanga y pandereta, al estilo de la época. Armonizar ambas cosas me resultó fácil, gracias a mi pacto con las monjas. Era implícito y efectivo a dos bandas: ellas me enseñaron urbanidad y todo cuanto se necesita para desenvolverse en sociedad. A cambio, yo extendí mis tareas como cuidadora (experta con mis seis hermanos) a quienes del colegio me encomendaron. Por eso, como se decía entonces, me convertí en una señorita.

Igual que mi cuerpo vio la luz el día de mi nacimiento, mi persona nació la tarde feliz en que descifré por vez primera los símbolos hasta entonces extraños, que se llaman letras. Mis saltos y gritos de felicidad no cabían en el planeta; imagino el orgullo de mi abuelo, lágrimas cantando por las mejillas, en la emoción de lograr mi anhelo, que fue el suyo: traspasar la frontera, atravesar esa puerta, quitarle a la sabiduría sus siete velos.

En mi interior llevo una llave capaz de abrir la puerta de todas las cosas: algunos la llaman sabiduría, para otros sólo es curiosidad. Antes de nacer ya respiraba ese amor al conocimiento, como quien inspira hondo para ver si en sus pulmones cabe todo el aire del universo. ¡Qué frescor novedoso, el de aprender! ¡Qué brisa, la ciencia o la literatura!

Si de mi padre heredé ese afán de atesorar conocimientos, de mi abuelo fue la sabiduría; en mí se conjugaban ambos y mi abuelo lo sabía. A escondidas, a hurtadillas, me llevó hasta la capital un día para confirmar con tests y pruebas científicas, algo que ya era obvio. En la escuela, a pesar de que muchos días desaparecía,

Recordar, compartir, aprender

siempre era yo la voluntaria, la avispada que conseguía los premios de la maestra. Eran unos cuentos en miniatura que guardaba como si fueran joyas. Sólo los niños con su límpida mirada, saben convertir la vida en chocolate. ¿Y cuáles eran mis sabidurías? aplicar la lógica para lo que no sabía, relacionar ideas, inventar respuestas en lugar de memorizar las cosas. Algo tan simple como la idea del rapaz que roba golosinas en las ventanas vecinas. Un ingenio ancestral como las rosquillas.

Vivir naturalmente es algo sencillo, aunque no simple; contiene el valor simbólico de integrarse en el paisaje. Ahora, pasados los años, imagino la escena desde fuera: me veo junto al abuelo, dos figuritas humanas jugando a descifrar letras y números. Entre nuestras manos, las pizarras dejaban de ser minerales y los fósiles se convertían en tizas, con las que improvisar clases, sin aulas ni paredes. ¡Qué comunión con el mar, ya ausente de aquellos campos de Castilla! Nuestras prácticas de lectura eran con periódicos caducados, que adquirirían así la condición de enciclopedias.

Desde siempre a mi alrededor las cosas pasan, y yo mientras tanto voy esculpiéndome para mañana.

Salir del huevo, del cascarón hay quienes nunca lo consiguen. Con mis 20 tiernos años, me presenté a las oposiciones para conserje: no imaginaba aquel guiño del destino. Fue el pasaporte que me catapultó al exterior, fuera de mi pueblo y de esa tentadora vida lenta, que tienen los habitantes de caoba. Solemos despotricar contra el granizo y la escarcha, sin percatarnos de que el destino lo cambian los saltos mortales. La lotería del destino me llevó hasta el Màrius Torres, el instituto de Lleida en el que comencé mi vida nueva.

¡Y qué bendita tarea! Rodeada cada día de esa sangre nueva, de la savia que renace constante a cada instante. Era su cómplice en juegos y excursiones, pero me distanciaba de los alumnos cuando había que poner las cosas en su sitio. Aprovechaba los ratos muertos en el trabajo, para colarme en las aulas y aprender como improvisada oyente. Ellos sabían que yo era casi como uno de los suyos, siempre apostando por la juventud y la alegría. Quizá por eso me reconocían más autoridad que a los profesores, lugar que yo también ocupaba cuando les reconvenía o aconsejaba. Ellos crecían y se marchaban, llenando otra vez las aulas una generación renovada, aunque con distintas caras. Señores ahora importantes, fueron adolescentes en mis dominios, digamos que he sido el ogro de algún que otro alcalde, cuando justo empezaba a vivir sin los pañales.

Cada sonrisa es un tesoro arrebatado al tiempo, la mirada brillante y limpia inunda de estrellas el día. ¿Quién puede detenerse un instante a mirar el cielo? Es toda una sabiduría, fuerza inmensa, aquélla capaz de pausar con su voluntad el universo entero.

Casi sin darme cuenta, fui creciendo y conmigo: el hogar, la familia, esa obra cotidiana que durante tantos años edificué junto a mi marido. Me habría gustado que mis hijos fueran maestros, hay un generoso misterio en la tarea de enseñar a los demás: algo que no dan los ordenadores, sólo las personas. Sin embargo cada uno de ellos ha seguido otros caminos; estudiaron, eso sí; uno es ingeniero, otro abogado, otro informático, ¡Qué caprichoso es el destino! Quizá si no hubiera sido gracias al abuelo, nada de esto jamás habría sucedido, mis años más felices sólo habrían sido el humo de un sueño nunca alcanzado.

LO IMPORTANTE DE LA VIDA

Para mí la vida ha sido aprendizaje, por mi pasión inagotable hacia todas las cosas; de niña siempre quería saber más, y la naturaleza me dio ese don, el de comprender con facilidad. Creo que lo he aprovechado, desde mi más tierna infancia, con mi abuelo y en la escuela. Además, sigo aprendiendo cada día: de las personas que me rodean y a las que ayudo en el barrio (soy voluntaria en acogida de inmigrantes), de quienes comparten conmigo el espacio para la tercera edad, de mis hijos en fin, la vida me ha enseñado que la felicidad está en disfrutar de lo que se nos ofrece a nuestro alrededor, que son infinitas cosas.

El cariño, las emociones, también son importantes: de nada sirve aprender ni conocer si no hay amor en nuestra vida. Por suerte, en mi vida no ha faltado el cariño; el de la familia (mis padres y mis abuelos, cuando era pequeña) y después el de los amigos y las personas de buen corazón. En el trabajo, que siempre he desem-



peñado lo mejor que he sabido y eso me ha hecho también amarlo. Sobre todo, en la familia que he creado, con mi marido y mis hijos, viéndoles crecer y mejorar día a día.

Que mis padres no quisieran que estudiara y después las cosas salieran al revés (gracias a mi abuelo) también me ha enseñado mucho: a no conformarme con todo lo que va mal, a luchar por lo que uno quiere. El esfuerzo, la educación y la disciplina también son una parte buena de la vida, porque gracias a todo eso las cosas pueden funcionar cada día.

Como resumen puedo decir que estoy contenta con mi vida, que siempre he disfrutado con lo que he hecho y a día de hoy también disfruto; que lo mejor de la vida es la vida misma, luchando por mejorarla y aprendiendo siempre algo más.